

Recojamos el hilo del pensamiento que comenzamos a desarrollar el domingo pasado. En presencia de estos misterios de la Religión, incomprensibles a nuestra razón, será necesario que renunciemos a pensar o renunciemos a ellos? Es acaso nuestra inteligencia capaz de comprender la verdad en todas sus dimensiones, de forma que lo que no entra dentro de los moldes de la misma hay que rechazarlo sin más análisis y sin más estudio como falso o inútil? ¿quien se atreverá a afirmar tanto. Por otra parte puede acaso afirmarse que resulta inútil al hombre el conocimiento de todo aquello que no comprende? Resulta inútil saber conducir una máquina si no se conoce el mecanismo interno de la misma, sino se descubre en las leyes mecánicas que presiden su funcionamiento?

Ah... si el hombre en su vida práctica quisiera renunciar a todo lo que no comprende, ansá el hombre tuviera que gobernar y valerse en su vida solamente de aquellas cosas que él comprende... si aun en el hombre más educado en la ciencia las verdades cuya naturaleza íntima conoce, las cosas que comprende constituyen un minimum insignificante... Por eso ante todo y sobre todo el problema debemos plantear sobre otros términos, que esos en los que se suelen plantar de ordinario. Eso no comprendo, eso no puedo y no debo aceptar... eso no comprendo... al fin y al cabo cosas que no las vamos a comprender nos las va a revelar Dios... que puerilidad...

Antes de fijar nuestra actitud respecto de estos misterios preguntémosnos si Dios ha podido revelarnos, si Dios ha hablado de eso. Si hay motivos racionales, fundados para creer que efectivamente Dios ha hablado así, que Dios ha enseñado eso... preguntémosnos en segundo término si pueden sernos útiles, no precisamente en el sentido de establecer la utilidad o la inutilidad como criterio de verdad, sino para ver en esa utilidad que nos reportan un motivo que compensa la incomprensión, un motivo por el que Dios en sus infinitos designios ha podido pensar en enseñarnos...

Y congratánmonos al misterio que por ahora nos interesa analizar el primer problema está solucionado. Dios ha querido efectivamente perpetuar su memoria entre nosotros, en realidad de verdad Dios ha pensado en quedarse entre nosotros recubierto de los velos eucarísticos, de las especies de pan y vino? La dificultad está en saber si Dios ha querido esto, porque en caso de que lo quiera no hay duda que ha podido hacerlo así, pues ello no implica ningún absurdo, menor dicho ninguna contradicción aunque por otra parte nuestra razón no llegue a vislumbrar su posibilidad. Y respecto de esto es tan clara, tan evidente la doctrina del evangelio que cuando una tarde primaveral Jesucristo expuso su doctrina en un hermoso prado sembrado de bellas flores en la parte oriental del Tiberiades, los que le escuchaban aquella multitud de judíos, fariseos, discípulos del Señor, le abandonan dura pretextando que era dura la doctrina. Le abandonaron, sí y a pesar de ver Jesucristo porqué la abandonan no rectificó ningún punto de la doctrina que había expuesto, antes bien ratificó, confirmó con nueva insistencia los mismos términos. Él sabía lo que hacía. Los testimonios de la Escritura, el pensamiento de Jesús respecto de esto es tan meridiano, que quien lo observe con imparcialidad, sin prejuicios preconcebidos no puede tener ninguna género de duda respecto del propósito de Jesucristo. Y nosotros no nos vamos a detener en este punto hoy por hoy, pues de ordinario la fuente de nuestra crisis de fe respecto de este misterio no constituye la poca claridad de los términos evangélicos sino otros conceptos a los que ya aludiremos. Jesucristo pensó en perpetuarse entre nosotros, Jesucristo quiso darsenos como manjar bajo las especies de pan y vino que son los dos manjares o alimentos más comunes. Nos podemos figurar que cuando Dios toma una determinación semejante, cuando Dios hace una cosa semejante lo hará con motivos, que aun cuando no los comprendamos nosotros, no pueden menos de existir, lo hará con miras al bien de los hombres...

Y pasemos adelante. Alguien, no recuerdo quien, dice que el hombre no tiene problemas con Dios, que es lo mismo que decir que la actitud y la postura del hombre frente a la divinidad es una actitud y es una postura determinada por su actitud y su postura respecto de otros problemas, los problemas que tiene consigo mismo y con el prójimo. Reconozcamos desde luego que efectivamente el hombre tiene problemas consigo mismo y con el prójimo... consigo mismo por cuanto que no puede menos de sentir una duplicidad de tendencias, inclinaciones, deseos... irreductibles los unos a los otros... inconciliables... Problemas con el prójimo, pues el prójimo es un enigma para él, pues si por una parte no puede menos de reconocer cierta igualdad y semejanza que es fuente de igualdad de derechos y consideración, por otra parte muchas veces aparece ante sus ojos con defectos, con apariencias reusables... La solución de estos problemas, la postura previa que adopta respecto de sí y del prójimo es muchas veces la determinante de su actitud para con Dios. Aunque ciertas verdades sean evidentes, aunque la cosa sea clara, cuando se consideran con ciertas ideas preconcebidas y cuando tercián ciertos intereses nada queda claro, nada es evidente y el hombre tiene que justificarse a sí mismo. No lo estamos viendo cada día en todos esos pleitos, en todos esos líos en que el interés que tercia, el prejuicio que existe hace ver lo que no existe y oculta lo que hay? Qué de particular tiene que nos ocurra lo mismo en lo referente a las verdades religiosas en general, pues la aceptación de tales verdades lleva consigo muchas veces la propia condenación y su renuncia o su negación puede ser la propia justificación? Quien es tan perfecto que sea capaz de justificarse a sí mismo o renuncie a justificarse? Por eso porque muy pocos son los hombres que tienen esa nobleza natural esa nobleza interior, por eso la postura frente a Dios, la postura frente a la revelación, aunque vaya precedida de todas las protestas de imparcialidad y de racional no tienen nada de eso. Ni mucho menos. Pero en esto no solamente incurre el que no es creyente o el que se propone a serlo por primera vez, sino los que lo son acomodando la inteligencia de las verdades a sus propios intereses y cumpliendo en la medida que les conviniera.

Jesucristo conocía esta debilidad humana, Jesucristo conocía esta propensión natural, Jesucristo conocía la realidad humana y no solamente se conformó con una religión que constara de verdades que aceptar, no solamente se conformó con una enseñanza orientada a la perfección de la inteligencia, sino que quiso que en su religión hubiere hechos, hubiere realidades capaces de percibir por la inteligencia y hasta por los ojos, realidades y símbolos en los que todos pudieran aprender lo esencial.